

Título: “*En el frente de batalla: el diario Convicción durante la guerra de Malvinas*”¹

Nombre autor: Marcelo Borrelli

Institución: Universidad de Buenos Aires/CONICET

Resumen:

El objetivo principal de este trabajo se orienta a analizar las posturas editoriales del diario *Convicción* (1978-1983) sobre la guerra de las Islas Malvinas. Con ese fin se rastrearán sus opiniones desde finales del año 1981 hasta los días posteriores a la derrota argentina.

Recordemos que el nacimiento de *Convicción* estuvo vinculado a la Marina argentina - arma que atizó la recuperación del archipiélago- y al proyecto político del almirante Emilio Massera, jefe máximo del arma e integrante de la Junta Militar durante los dos primeros años del Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983).

Palabras clave: diario Convicción, Dictadura Militar, Malvinas.

CONVICCIÓN: LA PRENSA DEL PROCESO

El surgimiento del diario *Convicción* (1978-1983) estuvo vinculado a los intereses políticos de la Marina argentina y del almirante Emilio Eduardo Massera, jefe máximo del arma durante los dos primeros años del Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Esta situación dio lugar a un emprendimiento periodístico original, que formaba parte de lo que podría denominarse “la prensa del Proceso”, a diferencia de los medios tradicionales que deberían ser abordados desde su propia historia dando cuenta de su comportamiento “durante” el Proceso (Borrelli, 2002).

El primer número salió el 1º de agosto de 1978; fue concebido en formato tabloide y diagramación vertical, pero tenía una existencia previa como medio informativo: había sido un boletín que llegaba gratuitamente a la casa de militares de alto rango. Su director y principal mentor fue Hugo Ezequiel Lezama, un periodista y escritor que se había conocido con Massera a comienzo de los años '60, y durante el

¹ Este trabajo fue presentado como ponencia en el VII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, ALAIC, realizado del 11 al 16 de octubre de 2004 en la Universidad Nacional de la Plata. La investigación es parte de la tesis grado del autor en la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires (bajo la dirección del Lic. Jorge Saborido). Principalmente, tuvo como objetivo analizar críticamente las posturas editoriales y estrategias comunicacionales del diario durante varios momentos relevantes de la Dictadura Militar (1976-1983). El trabajo completo será editado en marzo de 2008 por la editorial Koyatún.

Proceso se convertiría en su consejero y redactor de sus discursos. Además mantenía asidua vinculación con los jerarcas de la Marina.

Cuando *Convicción* salió a la venta, Massera estaba a poco tiempo de pasar a retiro como jefe de la Armada pero ya pergeñaba su proyecto político: convertirse en un “nuevo Perón” y ser presidente en una futura democracia. Con esa finalidad se contactó con sectores peronistas y utilizó la metodología de terror de los grupos de tareas para ganar futuros apoyos políticos. Entre otros objetivos, intentó “quebrar” y “recuperar” mediante torturas y otros vejámenes a los integrantes de la organización armada Montoneros que mantenía detenidos ilegalmente en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) (Uriarte, 1992). A la vez utilizaba su brazo armado, el Grupo de Tareas 3.3.2, para digitar secuestros y desapariciones convenientes para sus intereses políticos y personales.² Por ese entonces, la Armada veía en su jefe máximo la posibilidad de continuar en el poder en un futuro democrático y avalaba sus intenciones políticas. Fue en ese marco que la Marina decidió promover el nacimiento de *Convicción* como una plataforma periodística para impulsar el proyecto político de Massera, y un emprendimiento periodístico que apuntalaría su posición dentro del gobierno militar (teniendo en cuenta las feroces disputas de poder interfuerzas).³

Pero una vez fuera de la Junta, Massera comenzó a criticar duramente a la conducción política y económica del Proceso.⁴ A partir de allí la relación de Massera con la Marina y la dictadura en general entró en cortocircuito. Ante este conflicto, el diario se mantuvo en una actitud pendular: por un lado, comulgó ideológicamente con la propuesta político-económica del ex almirante -pero se cuidó de no apoyarlo explícitamente ya que eso hubiera implicado criticar al Proceso y a la Marina-. Y por otro, reivindicó la acción gubernamental del PRN, con lo cual tácitamente sustentaba la posición política de la Armada.

Ahora bien, pese a la estrecha relación que ligaba al diario con la Armada visto en su integridad no podría ser catalogado como un mero pasquín periodístico del arma. Durante su quinquenio de vida también exhibió críticas irónicas y mordaces hacia algunas políticas gubernamentales y contó con secciones de excelente nivel. Con respecto a los datos que se manejan sobre su tirada, regularmente era de veinte o

² Destaquemos que bajo su mando la ESMA –ubicada en la Capital Federal de Buenos Aires- se convirtió en uno de los mayores centros clandestinos de detención, represión y muerte de la época (cerca de 5.000 personas pasaron por allí y continúan desaparecidas).

³ Sobre los conflictos internos de las Fuerzas Armadas durante el PRN ver (Novaro y Palermo, 2003)

⁴ El ex almirante Massera basó sus anhelos políticos en ácidas diatribas hacia el modelo liberal económico conducido por el ministro de Economía Martínez de Hoz, a la vez que no desaprovechó oportunidad para criticar los errores políticos del PRN. Su discurso proponía promover la industria sobre las finanzas, y coqueteaba con salidas “socialdemócratas”, aunque claro está solo era una estrategia de posicionamiento político.

veintidós mil ejemplares y alcanzó un pico de ventas de aproximadamente cuarenta mil en la época de Malvinas. Dejó de publicarse a mediados de 1983, cuando la dictadura ya estaba en retirada y Massera sin proyecto posible debido a que estaba preso por la desaparición del empresario Fernando Branca.

HACIA MALVINAS

A finales de 1981 el PRN se encontraba en franca caída libre debido, entre otras causas, a las fuerzas centrífugas de la crisis económica y política que asolaba al país. El gobierno del general Roberto Viola no pudo completar ni un año al frente del Proceso y en diciembre de 1981 un golpe palaciego llevó al general Leopoldo Galtieri al poder para revitalizar la dictadura militar gobernante desde marzo de 1976. Con la llegada de Galtieri a la Casa Rosada se abría una esperanza de continuidad para los militares que parecía impensable en los turbulentos días del gobierno violista. La imagen de autoridad que mostraba el nuevo Presidente y la aprobación que gozaba de los Estados Unidos pronosticaban un gobierno con mayor fortaleza política para encauzar los graves problemas que padecía la Argentina. Además, la conducción económica sería ejercida por Roberto Alemann, conspicuo intelectual del establishment y ortodoxo liberal que reconduciría el mando de la economía por los rieles que había echado Martínez de Hoz. Así parecía asegurado el apoyo de los centros financieros mundiales.

Pero pese a las expectativas, el nuevo gobierno no podía ocultar su ligazón con una dictadura militar que se desbarrancaba lentamente. Sólo tres meses después de haber accedido al poder, Galtieri y la Junta de Comandantes se sumergieron en un conflicto bélico contra Gran Bretaña que reveló las contradicciones de un régimen que se decía fervientemente occidentalista al mismo tiempo que enfrentaba a una de las potencias occidentales por antonomasia. En realidad, con la recuperación de Malvinas se había intentado esconder el agotamiento político del Proceso y crear una justificación histórica para su continuidad; pero la posterior derrota en la conflagración se volvió contra los militares y aceleró su final en el gobierno. La dictadura se extinguió luego del fracaso malvinense y tuvo que entregar el poder a finales de 1983.

EN EL FRENTE DE BATALLA

Para analizar el posicionamiento de *Convicción* en referencia al conflicto de Malvinas acotaremos nuestra exploración a los editoriales del diario que durante dos meses y medio trataron exclusivamente el tema. Lo cual implica que quedará fuera de este apartado un análisis pormenorizado sobre la cobertura informativa desarrollada

durante el conflicto. De todas formas, es preciso puntualizar que la metodología de información llevó hasta límites extremos las peores características de la prensa durante Malvinas; es decir: sensacionalismo, chauvinismo, manipulación de información, triunfalismo, etc. Vale destacar que esta metodología fue una característica en la mayoría de los periódicos y revistas de la época (Blaustein y Zubieta, 1999).

En el análisis diferenciaremos cinco periodos que expresan las posturas que tomó el diario en relación a las circunstancias del conflicto y serán subtítulos con frases literales extraídas de los editoriales. Un primer periodo va desde diciembre de 1981 hasta la recuperación de Malvinas por las Fuerzas Armadas argentinas el 2 de abril de 1982. Un segundo periodo se extiende desde la recuperación del 2 de abril hasta que Estados Unidos le otorga su apoyo a Gran Bretaña el 30 de abril. El tercer y cuarto periodo comprenden las acciones bélicas propiamente dichas. El tercero va desde el comienzo de la guerra por aire y mar -el 1º de mayo- hasta la invasión inglesa a las Malvinas el 21 del mismo mes. El cuarto se extiende desde el 21 de mayo hasta el 14 de junio, día de la rendición argentina. Por último, el quinto periodo abarca los días inmediatos a la derrota donde *Convicción* da su parecer sobre las causas del fracaso.

1)“*¿Por qué no ocupamos las islas Malvinas?*” (desde diciembre de 1981 hasta el 2 de abril de 1982)

Sabemos que *Convicción* nació y se desarrolló estrechamente ligado a la Armada argentina. Pues bien, en ocasión del conflicto por Malvinas esta vinculación se tornó más transparente que nunca, en tanto *Convicción* realizó una verdadera campaña editorial demandando la recuperación de las islas en claro alineamiento con las necesidades de la Armada. Fundamentalmente a partir de diciembre de 1981 los editoriales atizaron fervorosamente por la recuperación del archipiélago austral. Esta fecha no parece ser azarosa al observar que el jefe de la Armada Jorge Isaac Anaya - luego integrante de la Junta de Comandantes con Galtieri-, ordenó el 15 de diciembre de ese año, en forma secreta, que se preparase un plan de desembarco argentino en las islas Malvinas.⁵

⁵ Vale recordar dos situaciones políticas relevantes: a) Anaya ya había sido el responsable de planificar un hipotético desembarco en las Malvinas durante 1977 a pedido del en ese entonces almirante Massera (que le había propuesto a la Junta la recuperación del archipiélago con la motivación de molestar la tarea de su par del Ejército, Videla); b) desde ese momento Anaya tomó como asunto propio la cuestión Malvinas y luego trocó con Galtieri su apoyo para impulsarlo a la presidencia -a fines de diciembre de 1981-a cambio de que el Jefe del Ejército avalara el plan de recuperación. Galtieri como presidente impulsó el plan y supervisó los preparativos de invasión que fueron comunicados a muy pocos integrantes de las Fuerzas Armadas (Cardoso, Kirchbaum y Van Der Kooy, 1983)

Sin duda Lezama estaba al tanto de los planes de Anaya -como trasciende de las investigaciones de Uriarte (1992: 252-53) y Carnevale (1999: 241)- y su diario cumplió la función de persuadir a sus lectores de que el tema Malvinas era una cuestión imperativa y de relevancia nacional. Fue el director del diario el principal encargado de llevar adelante esta campaña, firmando la mayoría de los editoriales que trataron el tema previamente al 2 de abril. Específicamente, a partir del 29 de noviembre de 1981 hasta el día de la recuperación *Convicción* publicó seis editoriales *en tapa* -cuatro firmados por Lezama- en donde demandó la recuperación por la fuerza de Malvinas. Las características sobresalientes de estos editoriales fueron su tono bélico, irónico y abiertamente confrontador. Citaremos solo un par de ejemplos para que el lector pueda apreciar lo señalado: el 4 de diciembre de 1981 el editorial en tapa se preguntaba “(...) ¿Qué se espera para que el poder militar se ejerza como poder militar? (...) ¿Qué nos impide ‘negociar’ desde la ‘recuperación’?” (4-12-1981, p. 1). Y en febrero de 1982 el director Lezama indagaba insidioso: “¿Por qué no ocupamos las islas Malvinas?”; y le advertía a la Junta Militar: “Esperamos respuestas” (21-2-1982, p. 1).

Pero la recuperación no sólo fue reivindicada sino también advertida a los lectores de *Convicción* en un editorial de tapa a fines de enero de 1982. Su mensaje se habrá perdido en el tórrido verano para quien lo leyó desapercibido, pero la mirada retrospectiva descubre su tono profético luego confirmado. En su párrafo más saliente sostenía:

“(...) Sería absurdo desentenderse de algo que va a suceder con la Argentina como teatro de operaciones. Cada vez es más urgente que dejemos de ensimismarnos con las tasas de interés y nos preocupemos por las Malvinas para tener una posición protagónica y favorable cuando Occidente -dentro de muy poco- asuma el caliente tema del Atlántico Sur” (28-1-1982, p. 1).⁶

Ahora bien; las sorpresas no terminan aquí. Un día antes de esta advertencia, Lezama publicaba en tapa una prolija y coherente argumentación sobre por qué debían invadirse las Islas Malvinas. A nivel de política interna las razones invocadas eran reveladoras sobre las causas que zambullirían a las Fuerzas Armadas en la aventura malvinense:

“Si además de haber ganado la guerra contra el terrorismo, se recuperan las Malvinas, el Proceso quedará signado por estos hechos y la Historia le perdonará las torpezas económicas. En cuanto al ‘frente interno’, la ciudadanía se sentirá tonificada y me gustaría ver qué político sería capaz de criticar a un gobierno que demostrara, en los hechos, que la Argentina está viva, consciente de su vigor y dispuesta a ocupar su sitio en el mundo” (27-1-1982, p. 1).

⁶También el diario *La Prensa* publicó por enero de 1982 artículos que mencionaban la posibilidad de una recuperación, dando cuenta de que la información se había filtrado a otros medios.

Alejado de todo nacionalismo chauvinista vacío de contenido racional, Lezama vislumbraba en la ocupación objetivos políticos a largo y corto plazo para el PRN. Era lo que los militares necesitaban para relanzar su legitimidad y es por eso que estas palabras editoriales no parecen haber sido dirigidas únicamente al gran público, sino más fundamentalmente a los oídos castrenses.

A la par que *Convicción* galvanizaba los ánimos por la causa Malvinas, Lezama demandaba a los gobernantes militares que se apartaran del grupo de países del Tercer Mundo reunidos en el bloque de los No Alineados.⁷ Según Lezama era inaceptable que Argentina -un país con puras raíces occidentales y vencedor en la guerra contra la subversión- siguiera aliada al bloque de países que integraba la Cuba de Fidel Castro. En la lógica de *Convicción* no había contradicción entre atizar por la solución armada contra uno de los pilares de Occidente -Gran Bretaña- a la vez que solicitar una actitud más “occidental” en los gobernantes apartándose de los No Alineados.⁸ De todas maneras, estas demandas quedarán opacadas por los hechos posteriores, donde la Argentina viviría sus días de ceguera nacionalista y quimeras de grandeza.

2) “*El momento ha llegado*” (desde el 2 de abril hasta el 30 de abril)

La mañana del 2 de abril la Argentina despertó con las islas Malvinas recuperadas por las Fuerzas Armadas. Ese día *Convicción* salió a la venta en tres ediciones que fueron confirmando la noticia de la recuperación. La primera edición anunciaba en grandes caracteres “Rumbo a Malvinas”⁹ y el analista Jorge Castro sentenciaba ante los sucesos inminentes: “El momento ha llegado” (2-4-1982, p. 1). Al día siguiente el matutino saludaba con efusivo patriotismo la recuperación, descripta como un hecho histórico que debía ser el comienzo de un renacer nacional ya que marcaba un hito que dejaba atrás la decadencia, la desunión y el aislamiento internacional (3-4-1982, p. 8).

La acción argentina provocó inmediatas repercusiones internacionales: a instancias de Gran Bretaña, y con el voto estadounidense, el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sancionó la resolución 502, que

⁷ Argentina era miembro pleno de los No Alineados desde mediados de 1970. Los países adherentes, formalmente, no se alineaban ni con las potencias capitalistas ni con la Unión Soviética y sus satélites comunistas.

⁸El apoyo de EEUU a Gran Bretaña durante la guerra demostrará la futilidad de este discurso *cuasi* moral sobre los valores cuando los intereses políticos están entre medio de los países. De hecho, durante la guerra los militares pidieron ayuda a los No Alineados a los que siempre denostaron. En ese sentido, es recordado el abrazo del canciller argentino Nicanor Costa Méndez con Fidel Castro, en oportunidad de la reunión de los No Alineados en Cuba a principios de junio de 1982. En esa ocasión, *Convicción* opinó que ese acercamiento tenía solo una finalidad política y no ideológica; servía para sumar apoyos en la causa Malvinas. De todas formas, así los militares y sus seguidores perdían la última legitimidad que ostentaban: la ideológica

⁹ La segunda edición anunciaba “Reconquista de las Malvinas” y la tercera “Desembarco exitoso en las Malvinas”.

demandaba el inmediato retiro de tropas argentinas de las Malvinas y las posteriores negociaciones; la primer ministro inglesa Margaret Thatcher envió a la Armada británica (*task force*) hacia las islas Malvinas; y pese a su voto en la ONU, Estados Unidos comenzó una mediación entre los dos países encabezada por Alexander Haig - secretario de Estado del presidente estadounidense Ronald Reagan-, la Comunidad Europea dispuso sanciones económicas para la Argentina a la que consideró país agresor y la Organización de Estados Americanos (OEA) aprobó declaraciones favorables al reclamo de soberanía argentino (con la oposición estadounidense). Esta situación internacional suponía un cuadro más que preocupante para la cancillería argentina, y a la luz de los hechos posteriores significó el punto inicial para el derrumbe de las certezas que sostenían la hipótesis de una recuperación finalmente victoriosa para los argentinos.

En el plano interno el triunfalismo desbordaba cualquier intento de análisis racional. Una multitud había llenado la Plaza de Mayo festejando la “gesta” y Galtieri se asomaba decidido al balcón de la Casa Rosada para saludarla. Los políticos y sindicalistas avalaban la recuperación de la soberanía nacional aunque se cuidaban de expresar su apoyo a la dictadura, y los medios de comunicación alentaban la fervorosa ola de patriotismo. Un derroche de nacionalismo pululaba por todo el territorio y obturaba las visiones esclarecedoras que advertieran hacía qué abismo marchaba la Argentina.

Frente a los acontecimientos *Convicción* sacó a relucir su mirada “docente”, característica del diario desde su nacimiento y que se mantendría a lo largo de la disputa. En consonancia, en los primeros días se mostró como un guía para comprender el conflicto y sus pasos a futuro. Sus editoriales se inclinaron hacia una posición expectante y favorable hacia las negociaciones, a la vez que infundían tranquilidad en la ciudadanía pidiendo serenidad y confianza. Siguiendo esa línea, echó por la borda el mito de la “Armada invencible” inglesa y reclamó que la Nación estuviera a la altura de lo que había concretado. Lo esencial ya estaba realizado: “estamos en las Malvinas y de ahí no nos vamos nunca más”, sentenciaba (7-4-1982, p. 8.). Por supuesto que esto no se lograría solo con palabras, por eso es que *Convicción* reclamó la ayuda de los países americanos y, más especialmente, de Estados Unidos. Le solicitaba que dejara de lado “actitudes sinuosas” como su voto a favor de Gran Bretaña en la ONU y reclamaba la aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) el cual preveía el rechazo de los países americanos firmantes -Argentina y EEUU lo eran- a una intervención militar extracontinental.

Desde su adopción en 1947, el TIAR había sido un arma diplomática utilizada por Estados Unidos en el contexto de la guerra fría. Suponía que un ataque armado contra un país firmante del tratado era un ataque contra todos los firmantes. En los hechos, era una instancia diplomática que respondía a los reajustes internacionales signados por la disputa ideológica entre el comunismo Soviético y el Occidente representado por Estados Unidos. Y de ninguna forma los norteamericanos lo habían pensado como una herramienta “anticolonialista” o que pudiera volverse contra sus intereses o sus aliados. Por eso la demanda de *Convicción* apuntaba hacia una cuestión diplomática sensible. De hecho, el gobierno de Reagan quería evitar la convocatoria al TIAR que lo pondría en una situación de imposible neutralidad.

En el marco de su mediación, Alexander Haig llegó por primera vez a la Argentina el 9 de abril. El día anterior había estado reunido con Margaret Thatcher y la primer ministro conservadora le había hecho saber su condición más elemental para empezar a negociar: los argentinos debían cumplir la resolución 502. En este juego de fuerzas la Junta no quería ser menos. Para el 10 de abril, día en que Haig se reuniría con el gobierno militar en Casa Rosada, los medios de comunicación convocaron a la población a Plaza de Mayo. Entre ellos, *Convicción*, que tituló en su portada: “Hoy a las 11 la Argentina presente en Plaza de Mayo” (10-4-1982, p. 1). Los militares querían demostrarle al mediador la adhesión popular de su reclamo soberano.¹⁰

Mientras tanto, Jorge Castro destacaba en su columna de análisis político el profesionalismo, el autocontrol y el coraje de unas Fuerzas Armadas argentinas “modernas y profesionales” que enfrentaban el conflicto internacional con “la decisión del que sabe muy bien lo que está haciendo” (8-4-1982, p. 8).¹¹ Estas palabras encarnaban sobremanera los esfuerzos del matutino por sobredimensionar el poderío y la eficiencia de las Fuerzas Armadas. Una actitud tendenciosa que luego quedaría revelada al intentar explicar por qué Argentina había sido derrotada en la guerra.

Lo cierto es que ese primer raid diplomático de Haig no tuvo un saldo positivo. La intransigencia de la Junta -especialmente Anaya y Galtieri- y de Thatcher hacían imposible los avances. Y esta situación se mantendría durante los días siguientes. Haig se entrevistó nuevamente con los líderes de ambos países pero las negociaciones quedaron estancadas. Paralelamente, la flota británica avanzaba sobre el océano Atlántico e imponía un bloqueo naval a las Malvinas (luego el bloqueo se extendería al

¹⁰ Luego de su reunión con Haig, Galtieri salió por segunda vez en un mes al balcón de la Casa Rosada y dijo su frase tristemente memorable: “Si quieren venir, que vengan; les presentaremos batalla”.

¹¹ Jorge Castro publicó durante el conflicto una columna que analizó el escenario político interno.

espacio aéreo). En esa coyuntura, el 20 de abril Argentina convocó a una reunión de consulta del TIAR en la OEA. Así, “pateaba el tablero” diplomático y aceleraba la definición de Estados Unidos sobre su posición final en la disputa.

Desde la primera visita de Haig el 9 de abril hasta los días anteriores de convocatoria al TIAR *Convicción* tuvo una posición editorial cautelosa. Abogó por la solución negociada e insistió en que el reclamo argentino se enmarcaba dentro de una lucha anticolonialista que no debía identificarse con una confrontación ideológica contra Gran Bretaña. Pero a partir del 19 de abril -día de la última visita de Haig a la Argentina- fue *in crescendo* un discurso editorial de tono guerrero que se acentuaría ante la inexorable salida bélica que se avecinaba. Efectivamente, luego del último intento mediador de Haig se hizo evidente que su “misión” estaba condenada al fracaso. Al convocar la consulta del TIAR al día siguiente la Argentina iba en busca del apoyo latinoamericano; así pretendía arrinconar a Estados Unidos para que éste se viera presionado por el continente y frenase los aprestos bélicos británicos. Ante esta nueva instancia diplomática, *Convicción* dirigió sus esperanzas a la “solidaridad panamericana” y le exigió a Estados Unidos que honrase el TIAR (20-4-1982, p. 8).

Desde la convocatoria al Tratado Interamericano el 20 de abril hasta que Estados Unidos decidió “soltarle la mano” a la Argentina el 30 de ese mismo mes, los editoriales de *Convicción* fueron de alguna manera preparando a sus lectores para la guerra. En ese lapso Gran Bretaña recuperó por la fuerza las Islas Georgias del Sur -preludio de la guerra abierta que se desataría días después- y todas las expectativas se posaron en la futura resolución de la OEA por la convocatoria al TIAR. En línea con los días de tensión que se vivían el matutino apeló al tono dramático y casi apocalíptico para referirse a las instancias del conflicto. Editoriales como “Parece que no hay más remedio” (23-4-1982, p. 8.) o “No es momento para ambigüedades” (27-4-1982, p. 8.) profundizaban tal discurso. A la vez, con un marco de conflagración en ciernes, hizo renovado hincapié en que las Fuerzas Armadas estaban capacitadas para enfrentar “cualquier contingencia” y que para eso contaban con armamento moderno y un espíritu de lucha forjado en la guerra contra la subversión (22-4-1982, p. 8).

Por su parte, Jorge Castro recalca que Argentina era un nuevo protagonista en el escenario mundial tras la decisión de recuperar Malvinas. Y que sobre la unidad nacional lograda por este hecho había que basar la futura estructuración del sistema político con unas Fuerzas Armadas subordinadas a la civilidad pero con peso

permanente en las decisiones de Estado. Hacía explícito lo que Lezama había anticipado meses antes: que la recuperación no tenía como norte una mera reivindicación territorial.

Finalmente, los sucesos se desencadenaron hacia lo inevitable. En la madrugada del 28 de abril diecisiete países reunidos en la OEA bajo el TIAR suscribieron una resolución favorable a los intereses argentinos que entre otras cuestiones reconocía la soberanía argentina sobre las Malvinas. Cuatro países se abstuvieron, incluido Estados Unidos que así quedaba a un paso de renunciar a su neutralidad.¹² *Convicción* juzgó la resolución como un hecho histórico que alumbraba una nueva geopolítica y sostenía que América Latina tendría que cubrir el vacío político dejado por Estados Unidos ya que corría el riesgo de ser cubierto por el comunismo (28-4-1982, 3ª edición, p. 1.).

Pero la realidad no era tan complaciente para la dictadura vernácula. La resolución del TIAR aceleró la decisión norteamericana y el 30 de abril comunicó oficialmente que desistía de la mediación e imponía sanciones económicas y militares a la Argentina. Su apoyo explícito a Gran Bretaña pulverizaba las esperanzas argentinas y con ello muchas jactancias que habían acompañado al Proceso.

3) “*Luchamos por una concepción auténtica de Occidente*” (del 1º al 21 de mayo)

Si hubo una creencia política en los militares y adláteres que impulsaron la recuperación de Malvinas, ésa fue que Estados Unidos no sacrificaría su buena relación con la dictadura argentina por un archipiélago remoto. Por eso, la decisión estadounidense de honrar su relación histórica con Gran Bretaña y darle todo su apoyo en la guerra fue recibida como una “traición” para quienes no habían imaginado tal posibilidad. Y el resentimiento que generó ese reacomodamiento internacional sobrevoló los editoriales de *Convicción* desde que comenzaron las acciones bélicas.

Lezama fue quien se encargó de dar el punto de vista editorial ante el giro de los acontecimientos. Para su criterio la decisión de Reagan había sido un “delirio histórico de consecuencias gravísimas” que había abierto las puertas de Centroamérica a los “activistas” marxistas y a los soviéticos, lo cual implicaba el “germen de la disolución de Occidente” (30-4-1982, 2ª edición, p. 24.). Claramente la “traición” era un duro golpe para los entusiastas de la solución armada, y ante la guerra inminente se reeditaron los argumentos sobre confrontaciones ideológicas, de valores y creencias que poco tenían que ver con la pelea por unas lejanas islas australes.

¹² Los otros países que se abstuvieron fueron Chile, Colombia y Trinidad Tobago.

Finalmente, los británicos atacaron por aire las Malvinas el 1° de mayo iniciando el combate que no cesaría hasta el 14 de junio.¹³ En el primer editorial posterior al inicio del combate, *Convicción* cambió radicalmente el eje argumental para explicar por qué se peleaba por Malvinas. Ya no eran suficientes las razones geopolíticas; la lucha por la soberanía, la tierra o la reafirmación nacional y ni siquiera cuestiones de política interna. Ahora se peleaba por “una concepción auténtica de Occidente” (5-5-1982, p. 8). Para el matutino, a través de la guerra la Argentina buscaba crecer y afirmarse como Nación occidental y así frenar cualquier avance del comunismo. Además, desde su particular visión, Thatcher estaba traicionando los valores occidentales mientras que Argentina luchaba por ellos ya que le eran propios “por estirpe, por vocación y por destino” (como ya lo había demostrado en la guerra contra la subversión, aducía)

Esta invocación de la Argentina como el portador más puro y digno de los valores occidentales se tornó recurrente una vez que Estados Unidos dio su apoyo a Gran Bretaña. *Convicción* parecía desorientado ante la actitud de las grandes potencias (tanto como los gobernantes militares) y se lanzó a una vacua carrera por demostrar el mayor apego argentino a esos valores. La actitud de resentimiento para los grandes países se combinó con el reconocimiento hacia Latinoamérica por su apoyo a la causa argentina; de tal manera que el matutino llamó a una futura unidad latinoamericana (6-5-1982, p. 8). No podía esperarse menos que esta cáustica reacción contra Occidente en un diario que había sostenido su discurso ideológico en consonancia con la dictadura pro-occidental y antiizquierdista que había hecho todos los sacrificios necesarios para enrolarse en ese bloque mundial y ahora, paradójicamente, era agredida por las dos principales potencias del mundo capitalista.

Ahora bien, pese a este discurso confrontador, hasta el 21 de mayo -día en que los ingleses invadieron por tierra las Malvinas ya que había naufragado la diplomacia- *Convicción* sostuvo que la solución al conflicto debía ser y sería negociada (siempre y cuando la soberanía argentina y el dominio efectivo sobre las islas no fuera discutida). En este sentido, señalaba al gobierno argentino como voluntarioso y proclive a la negociación, mientras se le endilgaba a Gran Bretaña una intransigencia provocadora que llevaría al fracaso la diplomacia.¹⁴

¹³ Al día siguiente de iniciado el combate un submarino inglés torpedeó y hundió al crucero General Belgrano; este hecho decretó que la Marina se retirara de la guerra por su evidente fragilidad frente a los poderosos submarinos nucleares ingleses. No obstante, la Armada mantuvo su influencia política en la conducción diplomática del conflicto siendo el arma que más obstruyó una posible salida negociada.

¹⁴ Sabido es que la intransigencia de Galtieri y Anaya dejó pasar valiosas oportunidades diplomáticas (Cardoso, Kirchbaum y Van Der Kooy, 1983).

La insistencia en la solución negociada tenía un sustento real ya que esta alternativa todavía no parecía agotada. Mientras la guerra se libraba por aire y por mar -pero Gran Bretaña no golpeaba con todo su poderío bélico-, el secretario general de la ONU Javier Pérez de Cuéllar había encarado un nuevo intento de mediación luego del 2 de mayo (sin un mandato oficial de la ONU) y Estados Unidos junto a altos funcionarios del gobierno inglés presionaban a Thatcher para que aceptara un nuevo acercamiento diplomático antes de dar la ofensiva final y ocupar las Malvinas (Cardoso, Kirchbaum y Van Der Kooy, 1983: 301-302). Thatcher era consciente de que pese a tener el apoyo estadounidense necesitaba su aquiescencia para dar el último golpe, y eso significaba ofrecer un gesto más de flexibilidad en la mesa de negociaciones. Gran Bretaña cedió y le acercó una nueva propuesta de acuerdo a Pérez de Cuéllar. Esta fue rechazada por la Junta, por lo cual los ingleses invadieron por tierra las Malvinas el 21 de mayo. Comenzaba la última fase de la guerra.

4) “*Lo que ya hemos ganado*” (desde el 21 de mayo hasta el 14 de junio)

El día después de la invasión *Convicción* sentenció lacónico: “Estamos en guerra” (22-5-1982, p. 8), en medio de bravatas guerreras y apelaciones al ser nacional. Y advirtió que los ingleses serían “bien recibidos” por el poderío argentino debido a que en las Malvinas estaba peleando la Nación entera y no solo un grupo de soldados. Por eso le pedía al pueblo “disciplina” y “austeridad” para estar a la altura de sus combatientes. No parecía azarosa esa idea inclusiva, donde todos los ciudadanos pasaban a tener una cuota de responsabilidad en la guerra y debían enfrentarla convirtiéndose en soldados sin armas. De alguna manera lograba que se licuara la responsabilidad de los gobernantes militares por sus acciones y se expandiera a toda la sociedad. Nadie podía desentenderse en esas horas difíciles del país y el pueblo entero tenía que arrostrar la complicada situación como si estuviera en el campo de batalla.

Pasados ciertos días de la invasión inglesa, los editoriales fueron larvadamente preparando a los lectores para la derrota inevitable, aunque sin mencionar literalmente esta posibilidad. Recordemos que desde la invasión las fuerzas inglesas habían iniciado su avance inexorable hacia la capital malvinense (Puerto Argentino) y la resistencia argentina no podía afrontar el poderío inglés abrumadoramente mayor -lo cual era ocultado por los medios de comunicación-. En ese marco, *Convicción* utilizó varios editoriales para enumerar lo que la Argentina ya había ganado con la decisión de recuperar Malvinas; entre otras cosas: respeto mundial, coraje, valor, etc. La eventualidad de una derrota aparecía así como algo anecdótico o secundario ante la

maduración que el país había demostrado y era eso lo que debía rescatarse. No era para menos: el matutino había espoleado abiertamente para que las Malvinas fueran recuperadas por la fuerza y había apoyado ciegamente todo lo actuado por los militares; por ende, ante una posible derrota estaba obligado a exponer argumentos que en última instancia siguieran justificando la acción. De alguna manera, recurría nuevamente a su rol “docente” para informarle al lector que lo importante no era que se ganara o perdiera la guerra, no había que engañarse con esa visión superficial; lo relevante era lo que se había conseguido como país que iba mucho más allá de una acción bélica.

Por su parte, Jorge Castro sostenía que el final de la guerra aceleraría la solución institucional hacia la República, pero advertía que en el futuro gobierno civil las Fuerzas Armadas no tendrían que alejarse del poder ya que la solvencia profesional demostrada en la guerra era una “garantía de salud institucional” para la futura República (3-6-1982, p. 8). Su posición se complementaba con otros editoriales del diario y conformaban un discurso tácito que podría ser resumido de esta manera: las Fuerzas Armadas habían dignificado al país con su acción -más allá de la derrota que se acercaba- y debían ser reconocidas por el pueblo. En consecuencia, había que otorgarles su merecido lugar en la próxima etapa del país que sería avalado por su conducción eficiente y profesional de la guerra. Además, si alguien tenía algo para reprochar debía mirarse primero a sí mismo, porque Malvinas había sido una guerra de la Nación entera y los militares sólo habían ejecutado una demanda soberana del pueblo.

Retomando el cauce del conflicto, ni siquiera la llegada en misión de paz del Papa Juan Pablo II a la Argentina el 11 y 12 de junio logró frenar la embestida de los ingleses. Poco después -el 14 de junio- la Argentina se rindió frente a Gran Bretaña. Los flagrantes errores de organización militar, la falta de previsión en los altos mandos militares, una visión diplomática errada, la carencia de medios adecuados y el poderío bélico de Gran Bretaña apoyada por Estados Unidos, entre otras razones de peso, decretaron la derrota en la aventura malvinense. Y ella sería el epitafio del Proceso de Reorganización Nacional.

5) “¿Qué pasó en las Malvinas”? (días inmediatamente posteriores a la derrota).

La noticia de la rendición fue un verdadero mazazo para la sociedad argentina, crédula del discurso victorioso de los medios y el gobierno. El día posterior, 15 de junio, *Convicción* dedicó la totalidad de su portada a explicar qué había pasado. El editorial, firmado por Lezama (15-6-1982, p. 1), sostenía que era la traición de Estados Unidos la

principal causa de la derrota argentina. Según el director antes de la decisión estadounidense Gran Bretaña estaba frente a una “derrota inminente”, por eso había presionado a Reagan que con su apoyo había desatado una “segunda guerra” donde “no teníamos alternativas”. En consecuencia, nada podía endilgársele a los militares: “En nuestras Fuerzas Armadas sólo tenemos héroes”, sentenciaba. En esa línea, Jorge Castro firmó el editorial tradicional de ese día donde hizo hincapié en la “fuerza abrumadora” de las dos potencias mundiales como causante de la derrota (15-6-1982, p. 8). Los dos exponentes del diario remarcaron la supremacía tecnológica, armamentística y profesional de Gran Bretaña como dato que explicaba el por qué de la capitulación.

Las explicaciones ofrecidas por el matutino dejaban en evidencia ante sus propios lectores incongruencias y contradicciones inocultables: ¿no era *Convicción* el que había sostenido que el país estaba preparado para cualquier contingencia?, ¿no era *Convicción* el que había dicho una y otra vez que la guerra sería ganada y ahora reconocía que luego del 30 de abril no había alternativas?, ¿no era *Convicción* el que remarcaba la capacidad profesional y el armamento moderno de las Fuerzas Armadas como hechos que asegurarían la victoria?, ¿no era *Convicción* el que informaba sobre ataques triunfales y cuantiosas pérdidas del enemigo mostrándolo como débil e ineficaz? Al sobrevenir la derrota y caer abruptamente el velo que ocultaba la cruda realidad de la guerra quedaba expuesta la labor tendenciosa del matutino y su apoyo incondicional -sin reparar costos- a las Fuerzas Armadas y su intención de ganar la guerra para tener una salida histórica del PRN.

Finalmente, desde el término de la contienda hasta el 1° de julio las Fuerzas Armadas vivieron un cisma interno y vieron derrumbarse al PRN. El 17 de junio Galtieri se vio obligado a renunciar acosado por la situación posderrota y el 1° de julio el general (RE) Reynaldo Bignone asumió como nuevo presidente de la Nación con la única meta de entregar el gobierno a un presidente electo. La Fuerza Aérea y la Armada se desvincularon del Proceso por lo que el Ejército quedó solo en la conducción gubernamental. Durante esos días de verdadero cataclismo militar, la mayoría de los editoriales de *Convicción* alertaron sobre la gravedad institucional que significaba la desunión de las Fuerzas Armadas. Su unidad, el reconocimiento público por parte de la sociedad y que mantuvieran un fuerte rol institucional eran las condiciones que a juicio del diario darían solidez al gobierno civil futuro. De lo contrario se vivirían horas de descontrol y disolución nacional.

Esta posición no hacía más que reflejar el rumbo elegido por *Convicción* durante todo el conflicto malvinense. Es decir, la mimesis total con las necesidades políticas del gobierno militar y la Marina como nunca antes en su historia había quedado tan expuesta (Borrelli, 2002). Vale preguntarse ¿qué fue de la labor propiamente periodística del diario? Visto su desempeño la única respuesta es que quedó relegada a un segundo plano para cumplir con los objetivos de las Fuerzas Armadas. En este sentido, cabe remarcar que *Convicción* convirtió su espacio periodístico en un arma más para ganar la guerra. Y en su caso el campo de batalla fue el plano interno. Tal alineamiento incondicional de *Convicción* con el gobierno militar debe interpretarse a la luz de su génesis; no sólo por sus vínculos con la Marina sino también por lo que implicaba para su propia historia como medio periodístico que el Proceso cayera en el desprestigio social: su propia pérdida de legitimidad y razón de ser.

BIBLIOGRAFIA

Fuente primaria: diario *Convicción* (selección)

Fuentes secundarias:

- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1999) *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- Borrelli, M., (2002) *Prensa y política durante el Proceso de Reorganización Nacional: el diario Convicción*. Buenos Aires: S/E.
- Cardoso, O; Kirchbaum, R. y Van Der Kooy, E. (1983) *Malvinas. La trama secreta*. Buenos Aires: Planeta.
- Carnevale, S. (1999) *La patria periodística*. Buenos Aires, Colihue.
- Ravina, A. (Dir.) (2000-2001) *Historia Argentina. Desde la prehistoria hasta la actualidad*. Buenos Aires: CNBA-Página/12.
- Duhalde, E. (1999) *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Jordán, A., R. (1993) *El proceso 1976-1983*. Buenos Aires: Emecé.
- Muleiro, V. y Seoane M. (2001) *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Novaro M. y Palermo, V. (2003) *La Dictadura Militar 1976/1983*. Buenos Aires: Paidós.
- Ulanovsky, C. (1996) *Paren las rotativas*. Buenos Aires: Espasa.
- Uriarte, C. (1992) *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*. Buenos Aires: Planeta.